

# Un marxista francés saca las conclusiones del Concilio

## Merci, Monsieur Garaudy

"Irreversiblemente, a la edad del anatema sucede la edad del diálogo".  
(Del anatema al diálogo, p. 15)

"El marxismo se empobrecería si S. Pablo y S. Agustín, si Santa Teresa, Pascal y Paul Claudel llegaron a serle extraños".

(Ibid, p. 82)

**Plácido Díez**

**Ricardo Herrero-Velarde**

Este libro de bolsillo, minúsculo, de insignificante apariencia, acaba de producir un impacto considerable en los medios intelectuales franceses y en la prensa del mundo entero. Se trata de la última obra de Roger Garaudy, teórico marxista, hombre dotado de una fina penetración y de un agudo sentido de reflexión sobre los problemas de nuestro tiempo. El título de la obra es sugerente: *Del anatema al diálogo* (1). Un cambio de actitud en la vida de la Iglesia enjuiciado desde la perspectiva marxista. Tema de calibre, tratado con la mayor dignidad y respeto a lo largo de ciento veinte páginas que están dando mucho que hablar y que pensar.

François Mauriac ha dicho a los católicos de Francia: "Comprad este libro. Debo asegurar que no se puede llegar más lejos que R. Garaudy en honradez intelectual y libertad de espíritu". *Time* se ha hecho eco de la obra (2). La revista de los dominicos franceses, *Signes du temps*, se pronuncia de la siguiente manera: "Este libro refleja un profundo cambio de clima. Las cuestiones que aborda son verdaderas" (3). En España, Eusebio Colomer escribe: "No podemos negarle a Garaudy ni sinceridad ni convicción. Su marxismo, paradójicamente injertado de existencialismo, toma un rostro humilde e inquieto, mucho más familiar al hombre de hoy que los antiguos dogmatismos" (4). Y en Alemania, el teólogo católico Karl Rahner se ha ofrecido a escribir un comentario para la traducción alemana del libro.

### *Una golondrina que anuncia el verano*

El libro de Garaudy no ha surgido fortuitamente, como un anzuelo táctico del pensamiento marxista que encubriera diversas intenciones políticas. En la reciente evolución del Partido Comunista francés, principalmente de sus líderes intelectuales, encuentra explicación justificada. Por otra parte, la trayectoria de su autor dejaba ya entrever muchos de los temas y de las posiciones que aquí adquieren lucidez y consistencia. Garaudy es un antiguo militante, habituado a las vicisitudes de la acción, entregado por vocación al estudio de las fuentes marxistas y a muy varias formas del pensamiento contemporáneo, director más tarde de la revista *Cahiers du communisme* donde publicó importantes trabajos sobre el diálogo entre marxistas y cristianos (5), autor de un interesante libro sobre Hegel (*Dieu est mort*) y de una obra sobre los humanismos modernos (*Perspectives de l'homme*), las más destacadas de las que conocemos.

Autor de una quincena de libros sobre ideología marxista, actual director del Centro de Estudios y de Investigaciones marxistas de París, la lectura de Garaudy nos lleva a pensar en la evolución de un marxismo monolítico y rígido en varias corrientes de pensamiento que intentan ser fieles al marxismo clásico sin congelarse en el dogmatismo. Dos actuaciones del

(1) París, Plon, 1965.

(2) *January*, 7, 1966, pp. 32-33.

(3) Gardey, B. *Des communistes à la recherche de l'homme*. *Signes du temps*, janvier 1966, pp. 22-24.

(4) *Un marxista se dirige al Concilio*. En *Razón y Fe* 173 (1966) 308.

(5) Citamos solamente los que nos parecen más sobresalientes, vgr. *Après la semaine de la pensée marxiste* (*Cahiers du communisme*, Janvier 1962, pp. 71-86), Maurice Thorez, *marxiste créateur* (ibid. Novembre 1964, pp. 43-58).

mismo Garaudy nos conducen a esta misma conclusión: En primer lugar su desacuerdo con el marxista ruso Ilitchev (6) y todavía el año pasado su participación activa en las Conversaciones que sostuvieron en Salzburgo (Austria) importantes pensadores marxistas y cristianos (7).

Hace solamente seis años, este libro hubiera parecido incomprensible. Hoy se explica en parte, como efecto de una interesante abertura entre los pensadores de diversos países europeos. La participación de sacerdotes católicos en alguna *Semana del pensamiento marxista* (Lyon, febrero 1964), algunos discursos de Thorez y de Togliatti (8), las reuniones de intelectuales y las publicaciones que suscitan y alientan el diálogo (9), son piezas claves de un nuevo entendimiento. Roger Garaudy ha tenido en este aspecto notables contribuciones, así como los marxistas italianos L. L. Radice y C. Luporini.

Todo esto nos hace pensar que Garaudy no está solo, que ni su libro es un pozo de agua en el desierto ni encuentra en el campo católico el más sospechoso de los silencios. Al revés. El diálogo marxista-cristiano es ya una realidad en varios países de Europa (Italia, Francia, Alemania y tímidamente España). Con lo cual, se exige de ambas partes un tratamiento delicado de los puntos de fricción, una fidelidad a sus respectivas fuentes y una búsqueda cada vez más acuciante de objetivos comunes. Tarea difícil, pero responsabilidad urgente en la que están empeñados algunos de los mejores pensadores católicos y comunistas.

Del anatema al diálogo es un libro que atrae por su sinceridad, por la preocupación que supone de comprender al otro dialogante, por el amor al hombre y el deseo de un porvenir más humano. Aunque su acercamiento a la teología católica se realiza a través de las fuentes marxistas (10), nos sorprende su capacidad de comprensión de una ideología ajena al marxismo. La exposición de Garaudy no es "una interpretación sofisticada de Marx" como quiere *Time*, sino más bien el anhelo expresado por el autor francés de que cristianos y marxistas se enriquezcan mutuamente en orden a la construcción común del porvenir.

Bernard Gardey ha dicho a propósito de este libro que no se puede pensar en el frágil paso de una primera golondrina. Cuando podemos apreciar, por lo que llevamos dicho, que el diálogo marxista-cristiano va adquiriendo vigor con sus vicisitudes y sus primeros tanteos, se puede pensar en que son ya muchas las golondrinas que anuncian el verano. Por otro lado, el Concilio —sus Decretos, el ambiente en que se ha movido, sus tropismos, que todo es Concilio— viene a desmentir aquella frase vagamente profética del marxista Mury: "Está claro que el Concilio será una operación de gran espectáculo dirigida contra el socialismo" (11). Este libro de Garaudy es la mejor contraprueba.

## *Nobleza obliga*

Después de unas bellas páginas sobre la necesidad y la posibilidad del diálogo, el libro de Garaudy presenta un tema apasionante: la urgencia de que cristianos y marxistas lleguen a tomar conciencia de lo que es fundamental en sus respectivos sistemas.

En la parte que dedica al cristianismo, hay afirmaciones muy positivas que solamente queremos recoger. Dos perspectivas interesan especialmente a Garaudy en la actual necesidad que siente el cristianismo de repensar su fe en el marco del mundo moderno. En primer lugar, desde el punto de vista del conocimiento, el problema de la desmitización del mensaje cristiano y, en general, el de las relaciones entre religión y ciencia. El segundo lugar, desde el punto de vista de la acción, la cuestión de las relaciones del cristiano con el mundo y con la sociedad de su tiempo (12).

Dos indicaciones fundamentales, que los cristianos aceptamos a fondo. Pertenecen al programa de nuestra era postconciliar, son puntos de examen muy actuales que ocupan a la teología católica y a la protestante. En esta misma línea se han movido algunas intervenciones de Dubarle (dominico francés), dialogante asiduo de los intelectuales marxistas (13). Por estos caminos se inicia una importante tendencia que procura depurar la fe, el concepto mismo de Dios (14), y desfeudar la religión de la ciencia (15).

A propósito de la tarea del cristianismo en el mundo, Garaudy está profundamente impresionado por la conferencia de K. Rahner en el Diálogo de Salzburgo (16). El teólogo jesuita expuso en aquella ocasión la religión cristiana como religión del porvenir absoluto, un humanismo integral que requiere la experiencia de Dios. El marxista francés, recibe esta aportación y concluye así: "La primera y más importante consecuencia de esta teología del porvenir absoluto, es que la fe cristiana no puede entrar en conflicto con ninguna de las formas históricas de la construcción de la ciudad terrestre en la medida en que éstas son auténticamente humanas" (17). Una afirmación legítima, que obliga al cristiano a enraizar cada vez más su creencia en el mundo que vive, para mejorarlo y colaborar así en la obra divina de la creación.

Estas observaciones de Garaudy, que es fiel intérprete de algunas direcciones de la actual teología y de

- (6) *Monsieur Garaudy conteste le rapport Ilitchev au nom de Marx*, Informations Catholiques Internationales, n. 211, p. 32.
- (7) Sobre esta reunión, es particularmente esclarecedor el artículo de Alvarez Bolado, *Las conversaciones de Salzburgo*, en *Razón y Fe* 172 (1965), 83-103.
- (8) Para el pensamiento de Togliatti en este punto, cfr. *Comunisti e Cattolici*, Editori Riuniti, Roma 1966.
- (9) Por ejemplo, en los últimos años: *L'homme chrétien et l'homme marxiste* (La Palatine, 1964), *Il dialogo alla prova* (Vallechi Editore, Firenze 1964), el libro de D. Dubarle, *Pour un dialogue avec le marxisme* (Les Editions du Cerf, Paris 1964), etc.
- (10) En el libro de Garaudy son claras las influencias de un folleto del marxista francés G. Mury, titulado *Christianisme primitif et monde moderne*, y de dos artículos del marxista español, Manuel Azcárate, publicados en *Realidad* (mayo 1965) y *Nuestra bandera* (mayo-junio 1965). No negamos con esto la originalidad de Garaudy, sino señalamos en parte sus fuentes.
- (11) Citada por P. A. Liégé en *Le Concile de l'esperance*, *Sig-nes du temps*, Janvier 1966, p. 5.
- (12) *De Panathème au dialogue*, p. 22.
- (13) Aparecen sobre todo en su libro *Pour un dialogue avec le marxisme*.
- (14) Por ejemplo, el importante libro del anglicano Robinson, *Honest to God*.
- (15) Cfr. nuestro artículo *Marxismo actual, religión y ciencia*.
- (16) El texto —al parecer íntegro— de esta conferencia, en *Informations Catholiques Internationales*, n. 242, 15 Juin 1965.
- (17) *De Panathème au dialogue*, p. 46.

la vida que debe circular por las arterias del cristianismo, nos obligan a una reflexión cristiana. Primeramente, la necesidad que experimentamos de dar con el núcleo esencial de la religión, de despojar nuestra fe de todas sus adherencias: políticas, clasistas, científicas, filosóficas, culturales o folklóricas. El descubrimiento de la fe es una empresa de toda la vida, que cada cristiano debe lograr a base de pasos dolorosos y difíciles confrontaciones. Una fe a medida del desarrollo peculiar que implica cada etapa de la vida, un cristianismo adulto, consciente y responsable.

El libro de Garaudy nos ayuda en esta empresa. No se trata de llegar al verdadero acto religioso, a la auténtica fe, por medio del ateísmo, por una negación del Dios que el cristiano afirma. Sería absurdo pensar que para ser más cristianos nos vemos en la necesidad de haber sido ateos. Pero la obra que citamos nos enseña que para el cristianismo es conveniente, y muchas veces necesaria, una confrontación con el marxismo, con una ideología atea. Dice a este propósito Gómez Caffarena: "Es bueno para la religiosidad el haber pasado por el afrontamiento del ateísmo y el haber tenido que "superarlo" (en un sentido amplio); porque eso la ha depurado" (18). Para el cristiano éste es un toque de atención que le saca del inconformismo. La fe cristiana es algo muy exigente, porque nobleza obliga.

## El marxismo heterodoxo

En el contexto que hemos explicado, el libro de Garaudy no sorprende a los cristianos; en cierto modo, lo estaban esperando. Pero ¿no extraña a los marxistas? ¿Es el marxismo un sistema tan flexible como para admitir esta sincera exposición de su guía intelectual francés? En primer lugar, no podemos caer en la ingenuidad de creer que con esta publicación haya abjurado su autor de la doctrina marxista o haya atraído sobre sí las iras del Partido. Gardey lo ha dicho hace poco: "El comunismo no es un monolito, ni a nivel internacional, ni en el interior de nuestro país (Francia). No se puede decir que Garaudy actúa en solitario o que haya tenido la iniciativa bastante descabellada de publicar un libro que no refleje la opinión de sus camaradas" (19).

Criticar al marxismo desde dentro de él, someterlo a la prueba de desligar lo accidental de lo fundamental, no significa siempre salirse de la ortodoxia marxista. Según Garaudy, el marxismo es una metodología de la iniciativa histórica, que debe confrontarse en cada etapa histórica mediante un estudio renovado de sus propias fuentes (20). Después de proponer la necesidad de esta profundización respecto a la actividad creadora del hombre, se detiene especialmente en la explicación que da el marxismo del fenómeno religioso.

Llegamos así al punto más original y difícil de lo que plantea Garaudy: la afirmación o negación de la trascendencia. Aquí, el marxista francés, debe conservar un pulso sereno, para no olvidar ninguna de las dos riendas del diálogo que Lacroix presenta como indispensables: lucidez y participación (21). Lucidez para plantear el diálogo sin renunciar a la tradicional negación marxista de Dios. Participación, para evitar en su planteamiento una exposición vulgar y fría del ateísmo. Este es en definitiva el punto central en el

que marxismo y cristianismo no confluyen, la barrera que los separa. Veamos cómo Garaudy lo presenta.

El marxismo, según el marxista francés, se plantea las mismas preguntas que el cristianismo, vive en la misma tensión, se encuentra trabajado por el mismo porvenir. Pero aquí se presenta la distinción fundamental. El marxismo es una filosofía crítica, no dogmática; y no puede por tanto, transformar su pregunta en respuesta, su exigencia en presencia. "Mi sed no prueba la fuente. El infinito es para el marxista una ausencia y una exigencia, para el cristianismo una promesa y una presencia" (22).

Cuestión esencial, propuesta con la mayor clarividencia intelectual. Caffarena responderá: "¿No sería un absurdo constitucional un hombre sediento si no existiera el agua?" (23). Es decir, ¿no está el hombre hecho con una abertura cada día experimentada de infinito? Este hambrear insaciable de absoluto, la tendencia insoslayable hacia algo siempre más lejano y más grande, el deseo irrefrenable de llegar más allá (en la felicidad, en el bien, en el amor), ¿no indica ya la presencia infinitamente trascendente de aquello que el hombre siente como exigencia? (24). Dice Rahner: "El hombre es espíritu en el mundo, péndulo medio entre Dios y el mundo, entre tiempo y eternidad. Toda esta metafísica del conocimiento desemboca en un esfuerzo teológico. El hombre es el lugar en el que Dios se muestra por medio de la revelación" (25). Feuerbach, precursor de Marx, había dicho en uno de sus momentos cristianos: "El corazón humano siente su propio valor absoluto y la unión en él —confusa, pero viva— de finito e infinito". En este aspecto, al descubrir así la marcada dirección del hombre hacia lo absoluto juntamente con el sentimiento de su dependencia y finitud, Feuerbach se une a la gran corriente cristiana de S. Agustín a Pascal.

El porvenir absoluto de Rahner es para Garaudy solamente un porvenir humano. "Este porvenir abierto hacia el infinito es la única trascendencia que reconocemos como ateos que somos" (26). De esta totalidad, de este absoluto, el marxista puede afirmarlo todo, excepto una cosa: que exista. Por eso, "vivimos sin duda, cristianos y marxistas, la exigencia del mismo infinito, pero la vuestra es presencia, la nuestra ausencia" (27). La pasión que Marx sentía por el hombre, el hombre alienado de la sociedad capitalista, "obligado a venderse a trozos", vuelve a surgir en Garaudy con las mismas exigencias de liberación, con parecido anhelo de plenitud. Las opiniones del marxista italiano Luporini sobre este tema son semejantes: "Nosotros los ateos no podemos comprender cómo, si se afirma en serio al hombre, puede haber lugar para

(18) Para el diálogo del creyente con el ateísmo contemporáneo. Razón y Fe 173 (1966) 258.

(19) Des communistes à la recherche de l'homme pp. 22-23.

(20) De l'anathème au dialogue, p. 59.

(21) Carta de Lacroix a Garaudy, en Perspectives de l'homme, p. 168.

(22) De l'anathème au dialogue, p. 86.

(23) Diálogo con el ateísmo..., p. 261.

(24) La filosofía moderna insiste en esta prueba trascendental de la existencia de Dios, v.gr. Metz, J. B. Christliche Anthropozentrik, München 1962. Resumen de este libro en Selecciones d Libros, n. 1, pp. 62-81.

(25) De l'anathème au dialogue, p. 89.

(26) De l'anathème au dialogue, p. 86.

(27) Ibid, p. 90.

(28) Citado por Alvarez Bolado, El diálogo con el marxismo en cuanto humanismo ateo, en la obra colectiva El diálogo según la mente de Pablo VI, BAC 1965, p. 433.

Dios; ni comprendemos cómo, si se toma en serio a Dios, no se hace entonces del hombre algo provisional y secundario" (28).

Garaudy vuelve al hombre con la misma fuerza que Marx; pero avanza con respecto a los marxistas dogmáticos, se queja del cuarto de siglo de esclerosis intelectual que ha afectado al marxismo, proclama la necesidad de "elaborar más profundamente una teoría de la subjetividad que no sea subjetivista y una teoría de la trascendencia que no sea alienada" (29). La dialéctica marxista, según él, lleva en sí la maravillosa herencia cristiana. Esto lo declara Garaudy como un timbre de gloria para el marxismo; y su declaración es alentadora y estimulante para nosotros, los cristianos.

### *Agradecimiento y conclusión*

Para el cristianismo, para la teología católica y la vida cristiana, este libro es una exigencia de responsabilidad que no podemos eludir. Sería una imperdonable traición a nuestro tiempo. Después de lo que hemos dicho, podemos sacar estas conclusiones:

1.—La Iglesia ha dado un paso decisivo del anatema al diálogo, para emplear las mismas palabras de Garaudy. Este no es un viraje meramente táctico sino de alcance mucho más profundo en orden a la construcción de un mundo más humano.

2.—Esta postura nueva de la Iglesia tiene muy precisas repercusiones en la vida del cristiano. En primer lugar, la necesidad de purificar y desmitizar nuestra representación de Dios y nuestra fe en Él. En el plano de la acción, la urgencia de hacer realidad esa dirección del Concilio que nos insta a establecer una relación entre nuestra fe y el mundo moderno por medio de nuestra colaboración en la ciudad terrestre y en la edificación de una sociedad más justa.

3.—La era del diálogo no es un retraimiento de las diversas posturas dogmáticas de cristianos y marxistas, sino una estimación de lo que les une por encima de lo que los separa.

4.—La confrontación cristiana será, por tanto, de un lado más fácil, porque es de prever que el marxismo suavizará la virulencia de sus antiguas acusaciones y matizará la objetividad de sus posiciones ideológicas con respecto a los cristianos (este libro de Garaudy es una primera garantía que nos hace esperar en sus próximos continuadores). Por otra parte, será más difícil y exigente, pues obligará a que el cristianismo (que deberá continuar su existencia histórica en una sociedad pluralista) revise y profundice por un lado su creencia y se vea en la necesidad de conocer más a fondo la teoría y la praxis marxista.

Por todo ello, el libro de Garaudy supone un firme paso hacia adelante. Aunque piense el *Time* que "mira a la historia con una especie de miopía centroeuropea", para el mismo cristiano europeo es muy aceptable su visión del porvenir humano y merece el más grande respeto a pesar de su negación de la trascendencia. No podemos menos de admirar su preocupación pacifista, humanista, y el deseo de crear unas relaciones cada vez más justas entre los hombres. Todo esto merece nuestro agradecimiento: "Merci, Monsieur Garaudy".

(29) De *l'anathème au dialogue*, p. 91.

# EDUCANDO

JOSE L. SAEZ, S. J.

Cuando se considera a la televisión como un medio de educación, y se le atribuye un papel importante en la formación de la conciencia del hombre de hoy, se tropieza con una serie de argumentos, ya clásicos entre sus detractores más enconados.

La expresión tan corriente de "gregarismo", —como dice Klaus Von Bismarck— y la idea estereotipada de que la TV consiste en una serie de clichés, se han ahincado entre sus enemigos, del mismo modo que, entre los asiduos consumidores, predomina la ingenua convicción de que la TV les permite tomar directamente el pulso de los acontecimientos de nuestra época (1).

Nos guste o no nos guste, la televisión es un producto de nuestra época, y su presencia se deja sentir de tal modo, que ha cambiado la imaginación y la forma de pensar del hombre.

Ya sea que la TV adquiera carta de naturaleza en el aula, o se mantenga encerrada en el cuarto de estar, no puede negársele un papel importante en nuestra cultura tecnológica.

### Del cuarto de estar al aula

La "revolución electrónica" ha cambiado los moldes antiguos del

1.—Klaus Von Bismarck, "La Televisión como factor de educación", *Humboldt*, núm. 21 (1965), pág. 104.